

PQ 2165

.c3

56

LA COMEDIA HUMANA

EL CONTRATO

MATRIMONIO



ESTA TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DEL EDITOR

H. DE PARRAS

JOAQUÍN GARCÍA DE CERVO DE LITERATURA



ALFONSO REYES

A. REYES

MADRID

LIBRERÍA DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS EXACTAS, FÍSICAS Y NATURALES

DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS EXACTAS, FÍSICAS Y NATURALES

EL CONTRATO DE MATRIMONIO

Á Rossini.

El señor de Manerville, padre, era un buen hidalgo normando muy conocido del mariscal de Richelieu, que le hizo casarse con una de las herederas más ricas de Burdeos en la época en que el anciano duque ocupaba el poder, desempeñando el cargo de gobernador de Guienne. El normando vendió las tierras que poseía en Bessin y se hizo gascón, seducido por la belleza del castillo de Lanstrac, deliciosa permanencia que pertenecía á su mujer. En los últimos días del reinado de Luis XV, compró el cargo de mayor de los guardias de la puerta, y vivió hasta 1813, después de haber atravesado felizmente el período revolucionario. Véase cómo: A fines del año 1790 se fué á la Martinica, donde su mujer tenía propiedades, y confió la administración de sus bienes de Gascuña á un honrado pasante de notario, llamado Matías, que se había mostrado siempre partidario de las nuevas ideas. A su vuelta, el conde de Manerville encontró sus propiedades intactas y provechosamente administradas. Esta habilidad era un fruto que resultaba del injerto del gascón en el normando. La señora de Manerville murió en 1810.

Conocedor de la importancia de los bienes materiales por las disipaciones de su juventud, y concediendo á las riquezas, como hacen muchos ancianos, mayor valor del que en realidad tienen en la vida, el señor de Manerville fué haciéndose progresivamente económico, roñoso y avaro. Sin pensar que la avaricia de los padres prepara la prodigalidad

de los hijos, no dió casi nada al suyo, á pesar de que era hijo único.

Pablo de Manerville, salido del colegio de Vendome el año 1810, permaneció bajo el dominio paternal durante tres años. La tiranía ejercida sobre su heredero por un anciano de setenta y nueve años, tuvo que influir necesariamente en un corazón y en un carácter que aun no estaban formados. Sin carecer de ese valor físico que parecía propio de todo gascón, Pablo no se atrevió á luchar contra su padre, y perdió la facultad de resistir que engendra siempre el valor moral. Sus sentimientos comprimidos no salieron del fondo de su corazón, en donde los guardó mucho tiempo sin comunicarlos á nadie; más tarde, cuando vió que estaban éstos en desacuerdo con las máximas del mundo, pudo pensar bien en obrar mal. Se hubiera peleado por una palabra, y temblaba ante la idea de despedir á un criado, toda vez que su timidez se ejercía en los combates que exigen una voluntad constante. Capaz de grandes cosas para librarse de aquella tiranía, ni la hubiese combatido con una oposición sistemática, ni afrontado con el continuo desplegamiento de sus fuerzas. Cobarde en el pensar, atrevido en sus actos, conservó mucho tiempo ese candor secreto que hace al hombre la víctima voluntaria de cosas contra las cuales ciertas almas no se atreven á luchar, prefiriendo sufrirlas á protestar de ellas. Estaba apisionado en el viejo palacio de su padre, porque no tenía bastante dinero para alternar con los jóvenes de la ciudad, y, aunque envidiaba sus placeres, no podía participar de ellos. El anciano hidalgo lo llevaba todas las noches en un coche viejo, arrastrado por caballos viejos también y mal aparejados, acompañado de viejos lacayos mal vestidos, á una sociedad realista, en donde se reunían los despojos de la nobleza parlamentaria y la de las armas. Unidas después de la Revolución para resistir á la influencia imperial, estas dos noblezas se habían convertido en una aristocracia territorial. Aplastado por las colosales y absorbentes fortunas de las ciudades marítimas, este arrabal Saint-Germain de Burdeos, respondía con desprecio al lujo que desplegaban entonces el comercio, la industria y los militares. Demasiado joven para comprender las distinciones sociales y las necesidades ocultas bajo la aparente vanidad que éstas crean, Pablo se aburría en medio de estas antigüedades, sin comprender que más tarde estas relaciones de su juventud

le aseguraban esa preeminencia aristocrática que Francia amará siempre. Encontraba ligeras compensaciones al aburrimiento de aquellas veladas, con algunos ejercicios que agradan siempre á los jóvenes y que su padre le imponía. Para el anciano hidalgo, ser excelente jinete, saber manejar las armas, jugar á la pelota, adquirir buenas formas, en una palabra, tener la frívola instrucción de los señores de otro tiempo, era ser un cumplido caballero. Pablo hacía, pues, todas las mañanas, ejercicios de esgrima, iba al picadero y tiraba á pistola. El resto del día lo empleaba en leer novelas, pues su padre no admitía los estudios trascendentales que constituyen hoy la base de las educaciones. Una vida tan monótona hubiese matado moralmente á este joven, si la muerte de su padre no lo hubiese librado de esta tiranía en el momento en que había llegado á hacersele insoportable. Pablo se encontró con una considerable fortuna acumulada por la avaricia de su padre, y con propiedades excelentemente conservadas; pero tenía horror á Burdeos, y no le gustaba tampoco Lanstrac, donde su padre iba á pasar los veranos y lo llevaba á cazar mañana y tarde.

Tan pronto como los asuntos de la herencia quedaron terminados, el joven heredero, ávido de placeres, invirtió sus capitales en papel del Estado, encargó la administración de sus dominios al anciano Matías, el notario de su padre, y pasó seis años lejos de Burdeos. Agregado á la embajada de Nápoles en un principio, fué después secretario de la de Madrid y de la de Londres, dando de este modo una vuelta por Europa. Después de haber conocido el mundo, después de haber perdido muchas ilusiones, después de haber disipado los capitales líquidos que su padre había amontonado, llegó un momento en que, para continuar el mismo género de vida, Pablo tuvo que echar mano de las rentas territoriales que su notario le había acumulado. En este momento crítico, dominado por una de esas ideas que algunos suponen discretas, quiso dejar París, volver á Burdeos, encargarse de la administración de sus bienes, hacer vida de hidalgo en Lanstrac, mejorar sus tierras, casarse, y llegar un día á ser diputado. Pablo era conde; la nobleza volvía á tener valor matrimonial, y, por lo tanto, podía y tenía que hacer un buen matrimonio. Si muchas mujeres desean casarse con un título, muchas más quieren un hombre que conozca la vida y la sociedad. Pablo, mediante una suma de

setecientos mil francos, disipada en seis años, había adquirido ese conocimiento del mundo que no se vende y que vale más que una carrera, que exige tan largos estudios como ésta, exámenes, relaciones, amigos, enemigos, cierta elegancia de figura y de modales, y un nombre conocido; una carrera, en fin, que exige buena fortuna, duelos, apuestas perdidas en las carreras, decepciones, aburrimientos, trabajos y muchos placeres indigestos. En una palabra, que era un hombre elegante. Pero, á pesar de sus locas prodigalidades, no había podido llegar á ser un hombre á la moda. En el ridículo ejército de las gentes de mundo, el hombre á la moda equivale á un capitán general, y á un teniente general el hombre elegante. Pablo gozaba de reputación de elegante, y sabía sostenerla. Sus criados llevaban excelentes uniformes, sus muebles se citaban, sus cenas tenían algún éxito; finalmente, su casa y ajuar de soltero, se contaba entre los siete ú ocho cuyo lujo igualaba al de las mejores casas de París. Pero no había hecho desgraciada á ninguna mujer, jugaba sin perder, era feliz sin llamar la atención, y demasiado probo para engañar á nadie, ni aun á una joven; no enseñaba á nadie sus cartas amorosas, ni tenía el consiguiente cofre para ellas, en donde sus amigos pudiesen curiosear, mientras él acababa de ponerse el cuello ó de afeitarse. No queriendo empeñar sus tierras de Guienne, carecía de esa temeridad que aconseja los grandes golpes y que atrae la atención, á toda costa, sobre un joven; no pedía dinero á nadie, y cometía la tontería de prestarlo, á veces, á amigos que le abandonaban y que no volvían á acordarse nunca de él ni para bien ni para mal. Parecía haber cifrado su desorden. El secreto de su carácter estaba en la tiranía paterna, que había casi convertido á Pablo en una especie de mestizo social. Así, pues, una mañana dijo á un amigo suyo, llamado de Marsay, que más tarde llegó á ser un hombre ilustre:

—Querido amigo, hay que saber interpretar la vida.

—Y, para comprenderla, es preciso haber llegado á los veintisiete años—respondió burlescamente de Marsay.

—Sí, tengo veintisiete años, y precisamente á causa de mis veintisiete años, quiero irme á vivir á Lanstrac y hacer allí vida de hidalgo. Habitaré en Burdeos en el antiguo palacio de mi padre, transportaré allí mi mobiliario de París, y vendré á pasar aquí los tres meses de invierno, en esta misma casa, que pienso conservar.

—Y ¿te casarás?

—Me casaré.

—Ya sabes, mi buen Pablo, que soy amigo tuyo—dijo de Marsay después de un momento de silencio;—pues bien, si eres buen padre y buen esposo, te harás un sér ridículo para todo el resto de tus días. Si pudieses ser feliz y ridículo, menos mal; pero lo peor es que no serás feliz. No tienes energía suficiente para gobernar una casa. Te hago justicia: eres un perfecto caballero; nadie sabe mejor que tú guiar un coche, hacer piafar á un caballo y permanecer inmóvil en su silla. Pero, querido mío, el casamiento es cosa muy distinta. Ya te veo desde aquí manejado por la señora condesa de Manerville, yendo, á pesar tuyo, más frecuentemente al galope que al trote, y, en breve, desarzonado... ¡Oh! desarzonado de tal modo, que quedarás en el foso con las piernas rotas y sin poder moverte. Escucha: Te quedan cuarenta y tantas mil libras de renta en propiedades situadas en el departamento de la Gironda. Bien. Llévate tus caballos y tus criados, amuebla tu palacio de Burdeos, y serás allí el rey, y promulgarás las sentencias que nosotros dictemos en París, siendo así el corresponsal de nuestras estupideces. Muy bien. Haz locuras en provincias, haz tonterías, si quieres, pues eso será una gran cosa para hacerte célebre. Pero... no te cases. ¿Quién se casa hoy? Los comerciantes, en interés de su fortuna, ó para ser dos á tirar del arado; los aldeanos, que quieren engendrar una gran prole para que les ayude á trabajar la tierra; los agentes de cambio ó los notarios, que tienen que pagar dependientes; los reyes desgraciados, que continúan desgraciadas dinastías. Nosotros somos los únicos exentos del azote, ¿y te vas tú á suscribir á él? Vamos á ver, dime por qué te casas, pues creo que estás obligado á dar cuenta á tu mejor amigo de las razones en que te apoyas. En primer lugar, aun cuando llegases á casarte con una heredera tan rica como tú, ochenta mil francos de renta, para dos, no es lo mismo que cuarenta mil francos para uno, porque, en casándose, bien pronto se convierte el matrimonio en tres ó en cuatro, si se tiene prole. ¿Sientes acaso amor por esa estúpida raza de los Manerville que no te ha de dar más que disgustos? ¿Desconoces por ventura el difícil oficio de padre y de madre? El casamiento, querido Pablo, es la más estúpida de las inmolaciones sociales; nuestros hijos son los únicos que se aprovechan de él, y no conocen

lo que vale un padre hasta el momento en que sus caballos pacen las flores nacidas en nuestras tumbas. ¿Acaso echas tú de menos á tu padre, aquel tirano que amargó tu juventud? ¿Cómo te arreglarías tú para que tus hijos te amasen? Tus previsiones para educarles, tus cuidados para garantizar su dicha y tus severidades necesarias, te harían odioso á sus ojos. Los hijos prefieren un padre pródigo ó débil, á quien desprecian después de muerto. Te encontrarás, pues, entre el temor y el desprecio. ¡No todo el que quiere es buen padre de familia! Dirige una mirada sobre el montón de todos nuestros amigos, y dime á quién escogerías por hijo. Ya sabes que hemos conocido muchos que deshonraban su nombre. Los hijos, amigo mío, son mercancías muy difíciles de cuidar. Los tuyos serán ángeles, convengo en ello; pero ¿has sondado ya el abismo que separa la vida del soltero de la del casado? Escucha: Soltero, podrás decirte: «Yo no alcanzaré más que tal suma de ridículo, y el público sólo pensará de mí lo que yo le permita que piense.» Casado, ¡caes en el ridículo más infinito! Soltero, trabajas para tu dicha, y si hoy no eres del todo feliz, mañana lo serás de sobra; casado, no tienes más remedio que tomar las cosas como vengan. Casado, pasas á ser un ente ordinario, haces cálculos sobre dotes, hablas de moral pública y religiosa, juzgas á los jóvenes inmorales y peligrosos, y, en una palabra, te conviertes en un académico social. Me das lástima. El solterón cuya herencia es esperada, que se defiende en su último suspiro de una vieja guardia á la que pide en vano de beber, es muy feliz, si lo comparas con un casado. Yo no te hablo de la mortificación, del aburrimiento, de la impaciencia, de la tiranía, de la contrariedad, de la molestia, del idiotismo, del narcotismo que puede nacer en el combate de dos seres siempre juntos, unidos para siempre y que se han engañado mutuamente creyendo convenirse; no, eso sería repetir la sátira de Boileau, y nosotros la sabemos de memoria. Perdonaría tu ridículo pensamiento, si me prometieses casarte á lo gran señor, instituir un mayorazgo, aprovecharte de la luna de miel para tener dos hijos legítimos, dar á tu mujer una casa completa distinta de la tuya, no encontrarte nunca con ella en sociedad, y no llegar nunca de viaje á su casa sin hacerte anunciar por un correo. Doscientos mil francos de renta te dan medios para hacer esta vida, y tus antecedentes te permiten creártela, buscando alguna rica inglesa

ansiosa de un título. ¡Ah! esta vida aristocrática me parece verdaderamente francesa, la única grande, la única que nos proporcione el respeto y la amistad de una mujer, la única que nos distingue de la masa actual; finalmente, la única que puede decidir á un hombre á dejar la vida de soltero. Hecho el enlace de este modo, el conde de Manerville da ejemplo á los suyos, se pone por encima de todos, y no puede menos de ser ministro ó embajador. El ridículo no le alcanzará nunca, y habrá conquistado las ventajas sociales del casado, conservando los privilegios del soltero.

—Pero, amigo mío, yo no soy de Marsay, yo soy sencillamente, como tu mismo me dices, Pablo de Manerville, buen padre y buen esposo, diputado del centro y, acaso, par de Francia, destino excesivamente mediocre; yo soy modesto, yo me resigno.

—¿Y tu mujer también se resignará?—dijo el implacable de Marsay.

—Mi mujer, querido mío, hará lo que yo quiera.

—¡Ah! ¡pobre amigo mío! ¿aun tienes esas creencias? Adiós, Pablo. Desde hoy te retiro mi estimación. Una palabra más, porque no cabría asentir friamente á tu abdicación. Fíjate bien y observa en dónde estriba la fuerza de nuestra posición. Un soltero, aunque no tuviese más que seis mil francos de renta, aunque no le quedase más fortuna que su reputación de elegante y el recuerdo de sus éxitos, no dejaría por eso de tener gran valor social al amparo de su sombra fantástica anterior. La vida ofrecería aún encantos á ese joven caído. Sí; aun podría pretenderlo todo. Pero el matrimonio, Pablo, es la barrera que impide al hombre progresar. Casado, no podrás ser más de lo que eres, á menos que tu mujer se digne ocuparse de ti.

—Siempre me aplastas con tus teorías excepcionales—dijo Pablo;—ya estoy cansado de vivir para los demás, de tener caballos para ostentarlos y de hacerlo todo para llamar la atención, todo, incluso arruinarme, para evitar que unos cuantos necios exclamen: «¡Caramba! ¡Pablo tiene siempre el mismo coche! ¿En dónde está la fortuna que le atribuían? ¿Se la ha gastado? ¿Juega á la bolsa? No, es millonario. La señora tal está loca por él. Ha hecho traer de Inglaterra un tronco que, á decir verdad, es el mejor de París. Han llamado la atención en Longchamps las calesas de cuatro caballos de los señores de Marsay y de Manerville, de las que

tiraban magníficos troncos.» En una palabra, mil estupideces análogas, con las que nos conduce una masa de imbéciles. Empiezo á ver que esta vida, donde se rueda en lugar de andar, nos gasta y nos envejece. Créeme, querido Enrique, admiro tu poder, pero no lo envidio. Tu sabes juzgarlo todo, obrar y pensar como hombre de Estado, sobreponerte á las leyes generales, á las ideas recibidas, á las preocupaciones vulgares, á las conveniencias adoptadas; en resumen, que percibes los beneficios de una situación que á mí solo me proporcionaría desgracias. Tus deducciones frías, sistemáticas, positivas acaso, son, á los ojos de la masa, asombrosas inmoralidades. Yo pertenezco á la masa. Tengo que jugar el juego según las reglas de la sociedad en que estoy obligado á vivir. Poniéndote en la cima de las cosas humanas, en esos picos de hielo, encuentras aun sentimientos; pero yo me helaría. La vida de esa mayor parte de seres á que yo pertenezco se compone de emociones que me son hoy necesarias. Ocorre muchas veces que un hombre de gran fortuna coquetea con diez mujeres y no posee el cariño de ninguna; después, por mucha que sea su fuerza, su habilidad y su conocimiento del mundo, ocurren crisis que le aplastan como si se viese cogido entre dos puertas. Yo prefiero cambiar esta vida por la vida constante y apacible; prefiero esa buena existencia en que el hombre encuentra siempre una mujer á su lado.

—Es un poco pesado el matrimonio—exclamó de Marsay.

Pablo no varió de tono y continuó diciendo:

—Ríete, si quieres; yo me consideraré el hombre más feliz del mundo cuando mi ayuda de cámara entre á decirme: «La señora espera á usted para almorzar». Cuando al volver por la noche á mi casa pueda encontrar un corazón...

—Sigue pareciéndome demasiado pesado, Pablo. Aun no tienes la moralidad suficiente para poder casarte.

—...Un corazón á quien confiar mis asuntos y mis secretos. Quiero vivir con una criatura en la intimidad necesaria para que nuestro afecto no dependa de un sí ó de un no, ó de una situación en que el hombre más hermoso causa desilusiones al amor. En fin, que tengo el valor necesario para llegar á ser, como tu dices, buen padre y buen esposo. Me siento dispuesto para los goces íntimos de la familia, y quiero llenar las condiciones que exige la sociedad para tener mujer, hijos...

—Me haces el efecto de una criatura. Anda, toda tu vida serás un inocente. ¡Quieres casarte para tener mujer! En otros términos, quieres resolver felizmente, y en provecho propio, el problema más difícil que presentan las costumbres democráticas creadas por la Revolución francesa, y empearás con una vida de aislamiento. ¿Crees acaso que tu mujer no gustará de esa vida que tú desprecias? ¿Crees que estará, como tú, aburrida de ella? Si no te agrada la hermosa conyugalidad cuyo programa acaba de formular tu amigo de Marsay, escucha un último consejo: Sigue siendo soltero por espacio de trece años y diviértete cuanto puedas; después, á los cuarenta años, cuando sientas el primer acceso de gota, cástate con una viuda de treinta, y podrás ser feliz. Si tomas por mujer una joven, morirás rabioso.

—¡Hombre! y ¿por qué?—exclamó Pablo un poco picado.

—Querido mío—respondió de Marsay,—la sátira de Boileau contra las mujeres es una serie de vulgaridades poetizadas. ¿Por qué no han de tener defectos las mujeres? Tengo para mí que el problema del matrimonio no estriba en el punto en que este crítico lo ha colocado. ¿Crees tú que ocurre en el matrimonio como en el amor y que baste ser marido para ser amado? ¿Acudes acaso á las citas para recolectar solamente recuerdos felices? Todo, en nuestra vida de soltero, prepara para el error al hombre casado que no es profundo observador del corazón humano. En los días felices de su juventud, un hombre, por la extravagancia de nuestras costumbres, seduce á una mujer, que obedece únicamente á sus deseos. Por todas partes, los obstáculos que crean las leyes, los sentimientos, y la defensa natural de la mujer, engendran una mutualidad de sensaciones que engañan á las gentes poco pensadoras sobre sus relaciones futuras en el estado matrimonial, en que los obstáculos no existen, en que la mujer sufre el amor en lugar de permitirlo, y en que rechaza muchas veces el placer en lugar de desearlo. Una vez casados, la vida cambia de aspecto para nosotros. El soltero, libre y sin cuidados, siempre agresor, nada tiene que temer de una infidelidad. Casado ya, el jaque es irreparable. Si un amante puede intentar y lograr que una mujer revoque un fallo que le era desfavorable, este paso, querido mío, es la Waterlóa de los maridos. Como Napoleón, el marido está condenado á victorias que, á pesar de su número, no impiden que la primera derrota le destrone. La

mujer á quien halaga la perseverancia, y que sufre dichosa la cólera de un amante, juzga ésta brutalidad, si es de un marido. Si el soltero puede escoger terreno vedado y todo en él se le permite, todo está prohibido al casado, y su campo de batalla es invariable. Una mujer está dispuesta á negar lo que debe; mientras que una querida concede lo que no debe. Tu, que quieres casarte y que te casarás, ¿has meditado alguna vez sobre el código civil? Yo no me he ensuciado nunca los pies penetrando en ese chiribitil de comentaristas, en ese antro de charlatanes, llamado Escuela del derecho; yo no he abierto nunca el código, pero veo sus aplicaciones en la vida. Soy legista como el jefe de clínica es médico. La enfermedad no está en los libros, está en el enfermo. El código, querido mío, ha puesto á la mujer tutela, y la ha considerado como un menor, como un niño. Ahora bien, ¿cómo se gobiernan los niños? Con el temor. En esta palabra, Pablo, está el freno de la bestia. Analiza tu corazón y juzga si puedes convertirte en tirano, tú, que eres tan afable, tan buen amigo, tan confiado; tú, que me has causado risa en un principio, y que te amo hoy lo bastante para comunicarte mi ciencia. Sí, estos conocimientos proceden de una ciencia á la que los alemanes han dado ya el nombre de Antropología. ¡Ah! si yo no hubiese resuelto dedicar mi vida al placer, si yo no sintiese una profunda antipatía por los que piensan en lugar de obrar, si yo no despreciase á los necios que son bastante estúpidos para creer en la vida de un libro, cuando las arenas de los desiertos africanos están compuestas de cenizas de no sé cuantos Londres, Venecia, París y Roma, desconocidos, pulverizados, escribiría un libro sobre los matrimonios modernos y sobre la influencia del sistema cristiano; en una palabra, que pondría una lamparilla sobre ese montón de piedras agudas en que se acuestan los sectarios del *multiplicamini* social. Pero ¿merece la humanidad que yo le dedique un cuarto de hora? Además, ¿qué empleo mejor puede darse á la tinta que el de conquistar corazones por medio de cartas amorosas? Veamos, ¿nos traerás aquí á la condesa de Manerville?

—Acaso—dijo Pablo.

—Seguiremos siendo amigos—dijo de Marsay.

—¿Sí?...—respondió Pablo.

—No tengas cuidado, seremos corteses contigo, como lo fué la Casa Roja con los ingleses de Fontenoy.

Aunque esta conversación le hizo titubear, el conde de Manerville puso en práctica su proyecto y se volvió á Burdeos durante el invierno de 1821. Los gastos que hizo para restaurar y amueblar su palacio sostuvieron dignamente la reputación de elegante que le precedía. Introducido por sus antiguas relaciones en la sociedad realista de Burdeos, á la que pertenecía lo mismo por sus opiniones que por su nombre y fortuna, no tardó en ser el rey de la moda. Su cortesía, sus maneras y su educación parisiense encantaron al arrabal Saint-Germain burdelés. Una anciana marquesa se sirvió de una expresión muy en boga en otro tiempo para designar la floreciente juventud de los guapos, de los pisaverdes de su época, cuyo lenguaje y maneras hacían ley: dijo de él que era *la flor de los guisantes*. La sociedad liberal recogió el dicho, y por burla, y en unión de una gran parte de los realistas, le dió este nombre por apodo. Pablo de Manerville cumplió gloriosamente las obligaciones que le imponía su apodo. Le ocurrió lo que les ocurre á los actores medianos: el día en que el público les concede su atención, pasan á ser casi buenos. Pablo desplegó todas las buenas cualidades que le permitían desplegar sus defectos. Sus bromas no tenían nada de amargo ni de áspero, sus modales no eran altaneros, su conversación con las mujeres era siempre tan respetuosa como ellas desean, ni demasiado deferente, ni demasiado familiar; su fatuidad sólo se reducía á un cierto cuidado de su persona que le hacía agradable; tenía siempre en cuenta el rango de quien hablaba, y permitía á los jóvenes ciertas confianzas á las que su experiencia parisiense sabía poner límites; aunque era un gran tirador de pistola y de espada, tenía una amabilidad femenina que le hacía sumamente simpático. Su mediana estatura y su gordura, que no llegaba aun á la obesidad, dos obstáculos para la elegancia personal, no impedían que desempeñase su papel de Brammel burdelés. Una tez blanca, realzada por un color de salud, hermosas manos, bonito pie, ojos azules con largas pestañas, cabellos negros, movimientos graciosos, una voz de pecho y de barítono que vibraba en el corazón, todo en él se armonizaba con su apodo. Pablo era, en efecto, esa flor delicada que exige especiales cuidados, cuyas cualidades no se despliegan nada más que en un terreno húmedo y conveniente, á quien las maneras duras impiden crecer, á quien quema un ardiente rayo de sol, y á quien el hielo aniquila. Era uno

de esos hombres hechos para recibir la dicha más bien que para darla, que tienen mucho de mujer, que quieren ser adivinados y aconsejados; finalmente, uno de esos hombres para quienes el amor conyugal ha de tener algo de providencial. Si ese carácter crea grandes dificultades en la vida íntima. es muy simpático y está lleno de atractivos para el mundo. Por eso Pablo fué tan bien acogido en el estrecho círculo de provincias, donde sus cualidades eran mejor apreciadas que en París. El arreglo de su palacio y la restauración del castillo de Lanstrac, donde introdujo el lujo y el bienestar inglés, absorbieron el capital que hacía ya seis años venía acumulando su notario. Estrictamente reducido á los cuarenta mil francos de renta, creyó ser prudente acomodando los gastos de su casa á aquella suma. Después de haber paseado sus coches y cuadras, de haber tratado los jóvenes más distinguidos de la ciudad y hecho partidas de caza con ellos en su restaurado castillo, Pablo comprendió que la vida de provincias no resultaba sin estar casado. Demasiado joven aun para emplear el tiempo en ocupaciones productivas ó para interesarse en las mejoras especuladoras á que las gentes de provincias acostumbran á dedicarse, y que exige el establecimiento de sus hijos, no tardó en experimentar la necesidad de esa variación de distracciones á que está acostumbrado todo parisiense. Un nombre que conservar, herederos á quienes transmitir sus bienes, las relaciones que le crearía una casa en donde pudieran reunirse las principales familias del país, el aburrimento de los enlaces ilícitos, no fueron, sin embargo, las razones que le determinaron á ello. Desde su llegada á Burdeos, se había enamorado secretamente de la reina de la ciudad, de la célebre señorita Evangelista.

Hacia principios de siglo un rico español, llamado Evangelista, fué á establecerse á Burdeos, logrando, con sus recomendaciones y con su fortuna, que los salones más nobles le abriesen sus puertas. Su mujer contribuyó mucho á que se mantuviese dignamente en medio de aquella aristocracia que acaso no le hubiese admitido tan fácilmente á no haber sido por su pique con la sociedad del segundo orden. Criolla, y semejante á todas las mujeres servidas por esclavas, la señora Evangelista, que, por otra parte, pertenecía á los Casa Real, ilustre familia de la monarquía española, vivía á lo grande, ignoraba el valor del dinero, y no se privaba de ninguno de sus caprichos, ni aun de los más dispendiosos, encon-

trándolos siempre satisfechos gracias á su enamorado marido, que le ocultaba generosamente el trabajo que cuesta ganar una fortuna. Feliz al ver que su mujer se divertía en Burdeos, donde sus negocios le obligaban á permanecer, el español compró allí un palacio, abrió al mundo con grandeza sus salones, y dió pruebas del mejor gusto en todo. Así es que, de 1800 á 1812, no se habló de otra cosa en Burdeos más que de los señores Evangelista. El español murió en 1813, dejando á su mujer viuda á los treinta y dos años, con una inmensa fortuna y la hija más hermosa del mundo, una niña de once años, que prometía ser y que fué toda una persona. Aunque era mucha la habilidad de la señora Evangelista, la Restauración alteró su posición; el partido realista se purificó, y muchas familias salieron de Burdeos. Si bien la cabeza y la mano de su marido faltaron en la dirección de sus negocios, para los cuales tuvo ella una indiferencia de criolla y una ineptitud de dueña, no quiso cambiar en nada su manera de vivir. En el momento en que Pablo tomaba la resolución de volver á su país, la señorita Natalia Evangelista era una persona extraordinariamente hermosa, y en apariencia el partido más rico de Burdeos, donde se ignoraba la progresiva disminución de la fortuna de su madre, quien, para prolongar su reinado, había disipado enormes sumas. Las brillantes fiestas y la continuación de un tren regio, mantenían al público en su creencia primitiva de la inmensidad de las riquezas de la casa Evangelista. Alcanzó Natalia los diez y nueve años, y aun no había llegado á oídos de su madre ninguna proposición de matrimonio. Acostumbrada á satisfacer sus caprichos de joven, la señorita Evangelista llevaba cachemires, tenía alhajas, y vivía con un lujo que asustaba á los especuladores en aquel país, y en una época en que los hijos calculan tan bien como los padres. Estas palabras fatales: «Sólo un príncipe puede casarse con la señorita Evangelista», circulaban por todos los salones y círculos. Las madres de familia, las viudas nobles que tenían nietas que establecer, las jóvenes celosas de Natalia, cuya constante elegancia y tiránica belleza les importunaba, envenenaban cuidadosamente aquella opinión con pérfidos propósitos. Cuando oían que algún joven casadero decía con admiración extática á la llegada de Natalia á un baile:

—¡Dios mío! ¡Qué hermosa es!

—Sí—respondían las mamás,—pero es muy cara.

Si algún recién venido encontraba á la señorita Evangelista encantadora, y decía que un hombre que desearse casarse no podía hacer mejor elección, le respondían:

—¿Quién será bastante atrevido para casarse con una joven á quien su madre da mil francos mensuales para alfileres, que tiene caballos y camarero, y que lleva encajes? Usa encajes en los peinadores. El precio de su planchado bastaría para alimentar á una familia. Lleva por la mañana pelearinas, cuyo planchado únicamente cuesta seis francos.

Estos dichos y otros mil, repetidos con frecuencia á modo de elogio, extinguían los deseos, por muy vivos que fuesen, que un hombre pudiese tener de casarse con Evangelista. Reina en todos los bailes, acostumbrada á oír siempre frases aduladoras, sonrisas y admiraciones á su paso, Natalia no conocía nada de la vida. Vivía como el pájaro que vuela, como la flor que brota, encontrando siempre á todo el mundo dispuesto á colmar sus deseos. Ignoraba el precio de las cosas, y no sabía cómo vienen, cómo se administran y cómo se conservan las rentas. Sin duda creía que cada casa tenía sus cocineros, sus cocheros, sus camareras y sus criados, como los prados tienen sus hierbas y los árboles sus frutos. Para ella, los mendigos y los pobres, los árboles caídos y los terrenos ingratos, eran una misma cosa. Cuidada como una esperanza por su madre, las fatigas no alteraban nunca sus placeres. Así es que corbeteaba en el mundo como un corcel en su estepa; pero como un corcel sin brida ni freno.

Seis meses después de la llegada de Pablo la buena sociedad de Burdeos vió frente á frente á Pablo y á Natalia. Estas dos flores se miraron con frialdad en apariencia y se encontraron recíprocamente encantadores. Interesada en conocer los efectos de este imprevisto encuentro, la señora Evangelista adivinó en las miradas de Pablo los sentimientos que le animaban, y se dijo: «¡Será mi yerno!» Así mismo, Pablo, al ver á Natalia, se decía: «¡Será mi mujer!» La fortuna de los Evangelista, que se había hecho proverbial en Burdeos, había quedado en la memoria de Pablo como una preocupación de la infancia, que es la más indeleble de todas las preocupaciones. Por esta razón, las conveniencias pecuniarias se vieron mutuamente, sin necesitar esa serie de debates é informaciones que causan tanto horror á las almas tímidas como á las orgullosas. Cuando varias personas intentaron decir á Pablo algunas frases de

alabanza en el sentido de que era imposible resistir á los modales, al lenguaje y á la belleza de Natalia, pero que terminaban con las observaciones tan cruelmente calculadoras del porvenir á que daba lugar el tren de la casa Evangelista, el joven conde respondía con el desprecio que le inspiraban aquellas mezquindades de provincia. Esta manera de pensar, que bien pronto fué conocida, hizo cesar los dichos; pues Pablo, no sólo hacía moda en los modales y en las cosas, sino que también la hacía en las ideas y el lenguaje. Había importado las modas británicas y sus barreras glaciales, las burlas byronianas, el desprecio de las preocupaciones sociales, las chanzas y las extravagancias inglesas, la depreciación de los usos y de las antiguas cosas de provincias, el cigarro, el charol, las jaquitas enanas, los guantes amarillos, y el galope. Ocurrió, pues, con Pablo, lo contrario de lo que había ocurrido hasta entonces: no hubo joven ni viuda noble que intentase desanimarle. La señora Evangelista empezó por invitarle varias veces á comer. ¿Podía faltar la flor de la elegancia á aquellas fiestas á las que asistían los jóvenes más distinguidos de la ciudad? A pesar de la frialdad que Pablo afectaba, y que no engañaba á la madre ni á la hija, iba caminando, sin darse cuenta y á pasos cortos, por la vía del matrimonio. Cuando Manerville pasaba en tilburí ó montado en hermoso caballo de paseo, algunos jóvenes se detenían al verle y él les oía decirse:

—He ahí un hombre feliz: es rico, es guapo y va á casarse, según se dice, con la señorita Evangelista. Hay gente que parece que el mundo ha sido hecho para ellos.

Cuando se encontraba con la calesa de la señora Evangelista, sentía una gran satisfacción y un gran orgullo al ver la distinción particular con que la madre y la hija le saludaban. Si Pablo no hubiese estado enamorado secretamente de la señorita Evangelista, es indudable que el mundo le hubiese casado con ella á pesar suyo. El mundo, que no es causa de ningún bien, es cómplice de muchas desgracias; después, cuando ve brotar el mal que él ha incubado maternalmente, reniega de él y lo castiga. La buena sociedad de Burdeos, atribuyendo un millón de dote á la señorita Evangelista, la daba ya á Pablo por esposa sin esperar el consentimiento de las partes, como acostumbra á ocurrir con mucha frecuencia. Sus fortunas se convenían lo mismo que sus personas. Pablo estaba acostumbrado al lujo y á la elegancia en que